

Crónica sobre Vargas Vila

Escribe: RAFAEL MAYA

Hacia el año de 1924, siendo yo estudiante de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, fui a pasar unas vacaciones a la ciudad de Barranquilla. Quería conocer el mar, y me atraía la idea de relacionarme con algunos escritores importantes de esa ciudad, que formaban parte del grupo literario llamado *Voces*, nombre de la revista que les servía de órgano de publicidad. Ese grupo tuvo bastante importancia en la evolución de la literatura colombiana, entre otras cosas, porque era algo así como un eco del ultraísmo español. La figura central de ese grupo era Ramón Vinyes, catalán naturalizado en Colombia y hombre de inteligencia muy ágil y de formidable cultura. Yo no había publicado sino unos pocos poemas en la revista *Cromos*, fundada por Miguel Santiago Valencia, escritor de Popayán, muerto hace algunos años en Cuba, y dirigida en los días de mi viaje a Barranquilla por don Luis Tamayo, gentil caballero bogotano.

Estando yo en Barranquilla corrió la noticia de que Vargas Vila arribaría a esa ciudad, procedente de Venezuela y de otros países de este continente, que acababa de visitar con diversa suerte, pues en algunas partes había sido recibido clamorosamente, como en el Brasil, y en otras habría sufrido desdenes y silencio, como en la Argentina. Efectivamente, llegó Vargas Vila a Barranquilla, en medio de la curiosidad de toda la población, que literalmente se volcó sobre calles y plazas, para conocer al ilustre e inesperado huésped. Yo, que llevaba la representación de *Cromos*, y que apenas había traspasado el dorado dintel de los veinte años, recibí un telegrama de don Luis Tamayo en que me encarecía le hiciese una entrevista a Vargas Vila. ¡Qué más podía ambicionar! Me asesoré de Gregorio Castañeda Aragón, con quien ya cultivaba sincera amistad, le referí mi propósito de entrevistar al hombre de *Aura* o *las violetas*, y juntos nos dimos las trazas para penetrar al hotel donde se alojaba el glorioso escritor. El hotel, en vista de la multitud que asediaba a Vargas Vila, estaba custodiado por la policía. Julio H. Palacios, hombre de influencia definitiva, ya nos había conseguido la entrevista, pues tenía amistad con el gran panfletario, y se trataban con bastante confianza. A la hora exacta nos presentamos, Castañeda Aragón, y yo, ante don José María Vargas Vila.

Estaba el escritor en un rincón de la sala principal del hotel, sentado en una complicada silla de mimbre, y vestido de la manera más afectada

que pueda darse, pero según la moda de ese tiempo. Se cambiaba de vestido dos o tres veces al día, según pude observarlo después. Predominaban en su persona las sortijas y los anillos, pues no tenía libre ningún dedo de la mano, y todavía de su corbata colgaba una enorme perla. Era de mediana estatura, con predominio de las anchas espaldas sobre el resto del cuerpo. Tenía la faz rubicunda y las facciones muy menudas y como aniñadas, cosas que él disimulaba con unas grandes gafas que cabalgaban sobre su nariz rudimentaria, y que estaban aseguradas, además, con un cordón de seda. El cabello lo llevaba muy pegado al cráneo, y peinado de medio lado. Su figura no era simpática ni atractiva por ningún aspecto, pero infundía curiosidad. Recuerdo que, antes de despedirme, hizo que se nos tomase una fotografía, que hoy considero ilustre, y que conservo con sumo cuidado en mi biblioteca. No la quiso firmar alegando como excusa que nunca estampaba su nombre ni en libros ni en retratos.

En el momento de hablar, Vargas Vila se convertía en otra persona. Era ingenioso, sarcástico y, frecuentemente, procaz. Conversaba como escuchándose a sí mismo. No había mayor diferencia entre su conversación y el lenguaje de sus libros. Yo le hice un reportaje bastante extenso, transcribiendo literalmente, con inexperto regocijo, todas las impertinencias que él dijo acerca de escritores que entonces vivían, y a quienes tenía mala voluntad. El reportaje fue publicado en *Cromos* y reproducido, después, en *La Estrella de Panamá*, que era entonces uno de los periódicos más importantes del Continente. La reacción fue tremenda, entre los escritores allí aludidos. Algunos años más tarde me contaba Ismael Enrique Arciniegas que Gómez Carrillo, por ejemplo, se había presentado un día, lívido de rabia, en la Embajada de Colombia en París, para preguntar por el individuo que había hecho el reportaje de Barranquilla. Arciniegas apenas me conocía, por aquellos años, y no pudo satisfacer la rabiosa curiosidad de Gómez Carrillo. Entre otras cosas, Vargas Vila lo hacía responsable de la muerte de la célebre bailarina Mata-Hari, fusilada como espía. Por ese estilo era el reportaje. Como Vargas Vila partió dos días después, ignoro si leyó la entrevista, o si tuvo alguna noticia de las consecuencias que le habían acarreado sus declaraciones. *La Nación*, de Buenos Aires, lo combatió duramente a causa de los ultrajes que irrogó a la Argentina, y que yo transcribí literalmente. Más tarde, en un libro titulado *Mi viaje a la Argentina*, Vargas Vila reiteró sus afirmaciones y aprovechó la ocasión para vengarse, como lo acostumbraba, del silencio que en torno suyo había hecho la prensa de Buenos Aires, silencio absoluto, organizado, según parece, por Leopoldo Lugones. Hay que ver cómo trata Vargas Vila, en ese libelo, al formidable autor de *Los crepúsculos del jardín*, figura procera de las letras hispanoamericanas. Olvidaba decir que acompañaba a Vargas Vila, en su viaje, como secretario y administrador de sus libros, un poeta venezolano llamado Palacio Viso, que era hombre muy joven y elegante, aunque de ambigua catadura. Nunca abandonó a Vargas Vila, y me parece que fue su ejecutor testamentario.

Como hombre, Vargas Vila fue sencillamente espectacular. Era grotesco, sublime, cómico y trascendental al mismo tiempo. Quería deslumbrar, a toda costa, y para ello acudía a toda clase de reclamos publicitarios, al mismo tiempo que cantaba su soledad y hablaba de su aislamiento casi trágico. Su histrionismo personal no conoció límites. Salvador Dalí,

en los tiempos que corren, es un provinciano despistado al lado de lo que fue Vargas Vila en sus días. Nunca bajó del escenario, un escenario que él mismo construyó con toda clase de decoraciones chillonas. Desde allí se regalaba a sí mismo con el título de "genio", se declaraba el escritor que había enseñado a manejar la pluma a los hombres de la generación del 98, entre la cual tuvo, a no dudarlo, alguna influencia; se decía el terror de los tiranos, la pesadilla de los mediocres y el azote de Dios. Se creía el eje de la historia y el ombligo del mundo. ¿Histriionismo? De todo había en la personalidad de este hombre extraño, que no afirmaba tales cosas a humo de pajas, pues, por entonces, era el escritor más leído del mundo hispánico, el más discutido y combatido entre los intelectuales de su generación, y el más imitado, por escritores de segundo orden. Creía que encarnaba el heroísmo de todos los caudillos de la libertad, de todos los mártires del pensamiento, de todos los enemigos del despotismo. Se consideraba el hombre "símbolo". Muchos de sus adversarios fueron fantasmas que él mismo tuvo que henchir de su propio aliento para darles consistencia. Era un Quijote tropical, tan animoso y resuelto como el otro, pero no menos ilusionado. Peleó frecuentemente contra molinos de viento. Sus pasiones se objetivaban en sujetos muchas veces mediocres, sobre los cuales desataba la tempestad de su verbo, verbo de admonición y de combate. Combatía "Despotismos y Tiranías" (siempre con mayúscula) que no se sabía dónde realmente estaban, y defendía desveladamente una "Libertad" de la cual disfrutó cabalmente, pero que veía siempre amenazada por enemigos invisibles. Fue un hombre de grandes pasiones que pudiéramos llamar abstractas, porque no tenían asidero histórico. Es cierto que grandes políticos suramericanos, principalmente colombianos, fueron víctimas de su acrimonia; pero siempre exageró sus vicios, así como abultó los méritos de aquellos a quienes admiraba. Fue hombre de pasiones extremas, por lo mismo que era un temperamento de extraordinaria fogosidad. Nunca tuvo el equilibrio crítico del verdadero sociólogo, ni el espíritu imparcial del historiador de alto vuelo. Como sus campañas se realizaban siempre a ras de tierra, su efecto eran nubes de polvo y de guijarros, como acontece en las corralejas destinadas a desbravar potros. No digo yo que toda esa prédica hubiese sido estéril. Al contrario. Nuestras democracias guardarán siempre un eco de la voz de Vargas Vila. El pueblo lo amó y lo sigue amando, no porque le importen sus libros, sino por la resonancia de sus campañas políticas, que se prolonga en el tiempo. La demagogia seguirá arrancando ramos de los laureles rojos que crecen sobre su tumba.

Pero todo ese anecdotario de Vargas Vila, suscitado por sus actitudes personales, que suministraron tan abundante material a las caricaturas y a las crónicas humorísticas, y dieron base para tan extravagantes suposiciones como las que se hicieron en vida del escritor, todo eso ha pasado, y apenas pesa sobre la memoria de Vargas Vila como la telaraña que ocasionalmente opaca un espejo, o como el insecto que cae en una copa de vino. Son algo que no atenta fundamentalmente ni contra la luz ni contra la sabrosa virtud de la bebida. Allí está la obra y eso es lo que importa estudiar.

Desde luego, y procediendo por partes, el lado más flaco y vulnerable de la obra de Vargas Vila está constituido por sus novelas. Algunas de

ellas, sobre todo las de su juventud, no resisten el menor análisis. Son irremediablemente cursis. El hecho de que conmovieran la sensibilidad elemental de la gente del pueblo, no obra como mérito. En los estratos inferiores de estas razas hispanoamericanas siempre existe un sentimentalismo fácilmente irritable. Las novelas de los años de su madurez, sin haberse despojado por completo de esa explosiva emotividad que informa el temperamento de Vargas Vila, y siempre próximas al floripondio literario, interesan más, no porque propongan problemas humanos de interés, sino porque hay en ellas acento pasional indudable. No son novelas propiamente dichas, sino largas tiradas líricas, escritas dentro de la misma técnica estilística de los panfletos y de las catilinarias. Vargas Vila desconocía por completo el arte de novelar, dentro del sentido ortodoxo de la palabra. Como todo romántico, pero, principalmente, como todo romántico procedente de Hugo, el escritor colombiano era demasiado fantasioso para seguir pacientemente un proceso narrativo o un método analítico. No tenía más técnica que la del vértigo de la imaginación. Por otra parte, su estilo nunca se adaptó a los temas tratados. Siempre era el mismo, ya se tratase de la novela o de la proclama oratoria. Como no era hombre de verdadera distinción espiritual, su lenguaje se resiente siempre de cierta ordinariez, que no alcanzan a disimular sus actitudes de esteta. Barnizó y abillantó muchos lugares comunes. No fue un orfebre, sino un obrero de las frases, pero un obrero dotado de rara habilidad. Gran artesano del estilo, y, por eso mismo, eminente escritor popular.

Otra parte muy considerable de la obra de Vargas Vila corresponde a sus escritos políticos, o, por mejor decir, a sus panfletos. En este terreno campeaba con sin igual destreza. Como no hallaba allí ninguna de las dificultades de la novela, parecía respirar a sus anchas, exento de trabas, cuando se entregaba al libre ejercicio del dicterio, de la acusación o del reto. Se diría que el aire del combate oxigenaba su sangre Armado de unas cuantas nociones históricas, y de algunas ideas generales sobre la historia de la cultura, disparaba sus frases como cohetes, cuyo estallido final iba acompañado de una lluvia de luces multicolores. Algunas tenían grande eficacia, pero otras eran inofensivas, como pólvora de salón. Es indudable que en algunos momentos alcanza cierta grandeza de expresión que bien pudo envidiar Víctor Hugo. Frecuentemente el lenguaje se condensa en largas series de metáforas o se deshace en cadenciosas melopeas, muy cercanas al verso. Imposible decir si tanta cólera verbal correspondía realmente a los afectos interiores del autor, es decir, si rugía como el león o como una máquina encargada de imitar ruidos animales. En parte era sincero, a no dudarlo, pero en parte se dejaba llevar de su connatural histrionismo, que siempre desfiguró las pasiones más auténticas de su alma. Además, como esa literatura le había dado fama y dinero, él seguía cultivándola, en forma cada vez más extremosa, porque, en cierto modo, se sentía obligado a ello. Otra cosa hubiera sido defección o cobardía. A veces escribía como violentándose, sin pasión alguna, y entonces torturaba los párrafos con toda clase de recursos exteriores, como el abuso de las mayúsculas, de los signos de admiración, de los puntos suspensivos, de los decoyuntamientos sintácticos de los epítetos fosforescentes. Todos estos procedimientos menores seguramente podrían distraer, ahora, los ocios de un profesor de estilística.

¿Libró Vargas Vila campañas definitivas, en el sentido de los resultados? ¿Su acción fue más allá de las palabras y logró modificar un hecho, o crear una situación distinta? ¿Tuvo la influencia social de unos cuantos escritores continentales a quienes podemos llamar educadores de estos pueblos? ¿Dejó encendido, para siempre, el fuego de la libertad? ¿Acabó con los despotismos? La experiencia demuestra que, si bien dejó abiertas muchas trincheras y levantados muchos sistemas de defensa y de ataque, que se han utilizado posteriormente, los resultados históricos de sus campañas fueron de dudosa eficacia. ¿Por qué? Porque esas campañas tuvieron un carácter de polémica verbal y de estruendo retórico, pero nunca fueron al fondo de las cuestiones que despertaban la cólera del panfletario. Injurió a los déspotas y a los tiranos, pero nunca hizo el estudio de las causas que habían dado nacimiento a esos despotismos y a esas tiranías. No era ni un sociólogo, ni un político, ni un estadista. No era más que un Verbo deslumbrante. La historia demuestra que los "tiranos" tienen una capacidad milagrosa para asimilar la injuria. Ante la terquedad de los hechos y de la naturaleza humana, Vargas Vila se refugiaba en el aislamiento rencoroso, o asumía funciones de visionario y de profeta. Le parecía inexplicable que una frase suya no contribuyera a torcer el curso de la historia.

Nombrar a Juvenal o a Tácito a propósito del autor de **Laureles rojos** es una temeridad en que solo incurren, o incurrieron, los fanáticos del escritor colombiano. Pero sí puede colocarse en un escalón no muy abajo del Víctor Hugo de **Los castigos** y del **Año terrible**. Víctor Hugo, entre los escritores del siglo pasado, y Gabriel D'Annunzio, entre los modernos, fueron los dos escritores a quienes profesó más obsorbente idolatría. Parecerse a ellos, en la obra y en la vida, fue su obsesión de siempre. La semejanza con D'Annunzio resulta un despropósito, aun cuando como "creadores de imágenes" podrían relacionarse débilmente. Pero D'Annunzio fue un apasionado de la vida, de la patria, de las mujeres. Vargas Vila no gozó propiamente de la vida, no obstante su dinero, y siempre se consideró un hombre sin patria. En cuanto a las mujeres, ni las amó, ni ellas lo amaron nunca. Posiblemente percibían cierto tufo a "Corydon" en su entallada elegancia. En **Huerto agnóstico** pretende definirlas con una de las frases más vulgares que se han escrito en castellano. Sin embargo tuvo el culto de su madre, bastante afectado, desde luego, pero esto ennoblece un poco la estampa de este misógino recalcitrante.

El paralelo con Víctor Hugo resulta menos forzado, entendiéndolo siempre que no se trata del Hugo lírico, ni del novelista ni del autor dramático, sino del poeta político o bardo socialista y humanitario. En una palabra, del revolucionario romántico. Vargas Vila fue el escritor que mejor asimiló, en este continente, ciertos procedimientos y buena parte del espíritu de Hugo. Olegario Andrade, en la Argentina, y Rivas Groot, en Colombia, se acercaron más a la auténtica grandeza del poeta francés. Vargas Vila hizo suyas ciertas modalidades que pudiéramos llamar "técnicas" en el lenguaje de Hugo, tales como su amor por las antítesis, por los paralelismos, por los retruécanos, por las contraposiciones, recursos todos de orden retórico. Hugo fue la primera potencia verbal de Europa durante el siglo pasado. **Fiat Lux**, les dijo a los franceses, y les mostró el Diccionario. Toda la creación estaba contenida, para Hugo, en los voca-

blos. Vargas Vila, guardadas siempre las proporciones, pensaba lo mismo. Tanto el francés como el colombiano confiaron demasiado en la letra. El espíritu los castigó, sobre todo a este último, haciendo que mucha parte de su obra quedase reducida a escombros, con el paso del tiempo. Principalmente las obras de intención política. Vargas Vila quiso elevar la polémica a un plano artístico, cosa que le reprochaban sus adversarios; pero él pensaba que, de esa manera, defendía de la corrupción páginas naturalmente percederas. A este respecto, su orgullo consistía en manejar un látigo que tenía puño de oro. Su casco, como en Homero, siempre ostentaba un hermoso penacho de color de azafrán.

Pero, como dice Gracián, el hombre busca esencias y no fárragos. En Vargas Vila, la imaginación perjudicó al entendimiento, la facilidad a la agudeza, la improvisación a la cultura. El se creía hombre de "ideas" pero no era más que un mago de las palabras. En alguno de sus libros existe un confuso y declamatorio capítulo sobre Kant; pero aquello es la guacamaya del cuento, posada sobre una columna dórica. Aspiró a superar a don Juan Montalvo, con quien tenía no pocas semejanzas, pero resulta siempre inferior al prócer ecuatoriano. Montalvo fue hombre de sólida cultura, y, aun cuando tenía un falso concepto de lo clásico, fue un ortodoxo del idioma, no obstante la libertad y bizarría de su estilo. Además, como polemista, tuvo más responsabilidad histórica. Emulo y compañero de Vargas Vila fue también el Indio Uribe, que tuvo menos fama y se movió en más limitado radio de acción. Tan anticlerical y tan antirreligioso como los otros dos, escribió mejor que ellos, a no dudarlo. Su prosa es de fina estirpe clásica. También escribió panfletos que, no obstante la intrínseca injusticia que los deslustra, no son, simplemente, un sartal de injurias. Por dignidad idiomática quiso que sus dictérios pasasen como fórmulas vindicativas de carácter axiomático, o como enjuiciamientos históricos. Se acerca a Quevedo por la gravedad de las sentencias, o por la irresistible eficacia de la burla.

Hay un grupo de obras de Vargas Vila que, creo yo, constituyen lo mejor de su producción literaria, y de las cuales se podrían sacar fragmentos antológicos que salvarían su memoria del olvido. Me refiero a **Huerto agnóstico**, **Horario reflexivo**, **El ritmo de la vida** y **Antes del último sueño**. No son novelas, ni panfletos políticos, ni autobiografías, aunque tienen mucho de esto último. Autobiografías espirituales, para ser más explícitos, pues muy poco nos revelan acerca de la vida de Vargas Vila. Son reflexiones muy personales del autor que recaen sobre los libros, sobre los hombres, sobre la historia, sobre la existencia humana, sobre la muerte, etc., etc. No es Vargas Vila un pensador (llamémoslo así) abstracto. Todo lo considera en relación con su propia experiencia, y esto les concede a tales reflexiones un agradable acento de autenticidad. En esos libros pueden buscarse las raíces del pensamiento vargasviliano, las nociones más exactas de lo que podríamos llamar, violentando el término, su doctrina y el origen de sus más graves preocupaciones como hombre de pensamiento. Son libros muy desiguales. Como siempre, hay predominio de las sentencias menos verdaderas que resonantes. En veces no hay más que una "actitud" o una "postura" que denuncian al hombre teatral. Por ejemplo, Vargas Vila denuncia reiteradamente su ateísmo, pero allí no hay más que el evidente propósito de asustar, pues ese ateísmo

es conmovedor, a causa de su elemental trivialidad. Otro tanto ocurre con su incurable clerofobia. Cuando ataca al cristianismo no pasa de aquello de "moral de esclavos" que todos leímos en Nietzsche. Su misma pornografía es una exageración sacristanesca. Vargas Vila no conoció más sensualidades que las de la palabra; las otras lo dejaban indiferente, según confesión propia.

Salvados estos temas, que para Vargas Vila fueron verdaderas fobias, y cuando su espíritu se emplea en la reflexión desinteresada, expresa sus emociones con rara frescura poética y con hábitos de tanta sinceridad, que uno se asombra de encontrar esta virtud en hombre de tan habituales fingimientos. Exagera, sin duda, al hablarnos de sus dolores, de su soledad, de su hastío; pero ese gusto por confesarse al oído del lector y buscar su anónima confidencia, nos indica que hay emoción auténtica en tales desahogos. Después de leer **Huerto agnóstico**, no obstante la monotonía del tono que allí predomina, queda el espíritu relamente deprimido. Desde el **Eclesiastés** hasta **Leopardo**, nadie había condenado la vida y la esperanza en términos tan amargos. Si aquello es sincero, podemos considerar a Vargas Vila como precursor de Sartre, en eso de cerrar todo escape a la desesperación del hombre. Para contraste, abundan en esos libros apreciaciones muy justas sobre pinturas y poemas que impresionaron al autor. Vargas Vila era hombre de buen gusto en materias artísticas, visitaba frecuentemente los museos y tenía una sensibilidad muy apta para impregnarse de la belleza de los sitios y de los paisajes. Amó la naturaleza, y al final de su vida comenzó a desgarrarse los oropeles retóricos. La tumba fue la única imposición que aceptó con modestia.

Se habla de que es necesario quitarle a la obra de Vargas Vila su ambiente de clandestinidad para que sea apreciada con justeza. Yo creo lo contrario. A Vargas Vila lo favorece esa clandestinidad, y favorece, todavía más, a sus editores. Voy a explicarme: en algunos sitios existen monumentos de los cuales nadie sabe en qué consisten ni qué representan. Y nadie lo sabe porque están ubicados en puntos peligrosos o mal afortunados. Se los mira por entre los árboles, al pasar, con un poco de superstición. Infunden miedo y respeto. Son la casa del murciélago. La luz de luna palidece más al penetrar allí, por entre las ramas. Pero un día se cortan los árboles que en torno de ellos hacían sombra medrosa, se limpia y empareja el terreno y se derrumban las casas viejas que contribuían a fomentar las supersticiones, todo porque es necesario hacer allí una plaza moderna. El crecimiento de la ciudad y los nuevos planos de urbanización así lo exigen. Entonces se advierte que el tal monumento no era más que una modesta columna de ladrillo, manchada por los pájaros. Con muchos escritores acontece algo semejante. Es necesario que siga el misterio en torno de ellos y que una leyenda escandalosa los esquite a la gente timorata y constituya un aliciente para los audaces. Es necesario que la fábula de su satanismo mantenga en torno de ellos su siniestro prestigio. Es necesario que el Estado y la Religión los miren con recelo. Si a esos libros se los saca de su clandestinidad y si sobre ellos se proyectan la luces de una crítica objetiva y desapasionada, desaparece el misterio y sus autores quedan notablemente disminuídos. Aparece la columna de ladrillo. Pienso que ese puede ser el caso de Vargas Vila.